

de estas amistades, iniciada durante los estudios secundarios y consolidada en la Universidad, duraron toda la vida. Tal el caso de Victorio Mapelli, a quien están dirigidas buena parte de las cartas y escritos espirituales de Ferrini.

En todas las etapas de su vida encontramos siempre el amigo o el reducido grupo de amigos con quienes practica esta santa virtud de la amistad. Porque, en definitiva, para Ferrini la amistad no era más que una forma de la caridad, que, según las circunstancias, unas veces alcanzaba explícitamente las altas cimas espirituales; otras, no pasaba, en la apariencia, de la pura amistad humana, pero en el ánimo de Contardo había siempre una escondida senda que conducía indefectiblemente al sublime amor.

Lo hemos visto en Berlín, querido y respetado por sus maestros, especialmente por Zachariae von Lingenthal, que le trató como verdadero hijo. A él sin duda se refirió Contardo cuando escribió que «el protestantismo nos da personas honradas allí donde nuestra immaculada religión haría santos». Pero el gran amigo de Ferrini en Berlín fue el profesor Westermaier, botánico insigne, a quien conoció en la Conferencia de San Vicente, y que luego pasó a la Universidad Católica de Friburgo, a la que legó sus bienes, y en donde rindió frutos imperecederos de saber y de virtud.

Cuando Ferrini ganó su primera cátedra, propiamente dicha, y fue a la Universidad de Mesina, unióse a otros profesores recién llegados, entre ellos Orlando, alquilaron una villa en las afueras de la ciudad, se pusieron bajo la égida doméstica de una cocinera alemana y allí vivieron nuestros jóvenes profesores en una envidiable camaradería, rivalizando en el trabajo y el buen humor. Esta fue *Villa Macri*, frecuente punto de reunión de los elementos universitarios, donde se forjaban excursiones dominicales, fiestas familiares en casa de los compañeros casados y donde insensible pero realmente el espíritu de Ferrini se imponía por el afecto y la prudencia.

En la mesa común, merced a Contardo, se respetaba escrupulosamente el ayuno y la abstinencia (los italianos no gozari de nuestra bula), y de tal periodo de su vida son elocuente testimonio estas palabras del profesor Orlando: «Su bondad tenía una atractiva fuerza de expansión, tanto más admirable cuanto que prescindía de toda actitud de propaganda y actuaba en virtud del ejemplo. En la exquisitez de su intuición apreciaba que la condición esencial de nuestra intimidad era el respeto a nuestras respectivas esferas espirituales... Aunque reflexivamente hubiese querido ejercer sobre mí una acción encaminada a unirme a sus sentimientos, el mejor camino habría sido